

**RELACIÓN ENTRE EL MALTRATO INTRAFAMILIAR EN LA
INFANCIA Y LAS RELACIONES SOCIALES DE LOS ADOLESCENTES**

Luisa López Vélez

Universidad de la Sabana

Chía, Octubre de 2005

RELACIÓN ENTRE EL MALTRATO INTRAFAMILIAR EN LA INFANCIA Y LAS RELACIONES SOCIALES DE LOS ADOLESCENTES

Luisa López Vélez

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo establecer una relación causal entre dos variables de diferentes etapas del ciclo vital. Ofrece la definición y la relación que tiene el maltrato intrafamiliar en los niños con las relaciones sociales de los adolescentes. Se encuentra dividido por la definición, la distinción entre maltrato, agresión y violencia, los factores de riesgo, entre los cuales se encuentra un plano familiar como el más importante a la hora de establecer la relación, y concluye con las consecuencias del trato inadecuado que serían aquellas las que afectarían el desarrollo normal o adaptativo del adolescente. Está basado en diferentes autores que ven la importancia de tratar el maltrato infantil dentro del hogar como base del fortalecimiento de la identidad y la finalización equilibrada del ciclo vital de la infancia, concluyéndola con relaciones sociales adecuadas al inicio de la adolescencia.

Palabras Claves: maltrato infantil, relaciones familiares, conducta social.

Abstract

The purpose of this study is to establish a casual relation between two variables in different stages of the vital cycle. It offers the definition and relation between the interfamilial child abuse and the social relations of the adolescents. The study is divided by its definition and also by the distinction between abuse, aggression and violence, and it progresses formulating the risk factors, one of them being the familiar stage which stands out as the most important factor in the moment of establishing a relation, and developing itself to get to the conclusion after giving the consequences of an inadequate treatment. Those would be the ones that would affect the normal development or the normal adaptation of the adolescent. This study is based on different authors who see the importance of treating child abuse at home as a base for the fortification of the identity and the balanced completion of the vital cycle at the end of the infancy, concluding it with suitable social relations at the beginning of the adolescence.

Key words: child abuse, familiar relations. Social behavior.

RELACIÓN ENTRE EL MALTRATO INTRAFAMILIAR EN LA INFANCIA Y LAS RELACIONES SOCIALES DE LOS ADOLESCENTES

El término “maltrato” se hizo importante en el mundo médico (primero en la pediatría llamado “síndrome del niño maltratado”) y de ahí se extendió a todas las demás ramas del saber. Ahora se habla, en términos genéricos más amplios, de “maltrato familiar”, ya que involucra a la mujer, a la pareja, a los niños y a la familia extensiva. (Anzures y Espinoza, 1999).

El maltrato físico se limitaba a golpes, quemaduras, fracturas, etcétera, pero poco a poco el concepto se amplió, hasta incluir en él al castigo emocional, la negligencia y descuido o, por el contrario, a la sobreprotección y muy destacadamente al abuso sexual, con variaciones tan amplias como una simple mirada, la insinuación, o el acto sexual como tal. El maltrato infantil aparece como una forma de interacción humana muy difundida. Actualmente la violencia hacia los niños se evidencia en formas más sutiles, se ejerce de manera silenciosa en el hogar, la calle, el colegio, y se ha convertido en una práctica común y socialmente aceptada. (Asociación Afecto, 1998). Sin embargo, parece ser que uno de los factores más influyentes dentro del desarrollo psicosocial del adolescente, es el trato inadecuado en el hogar. “Ésta, como una estructura económica, social, afectiva y de protección está en crisis, y en consecuencia, todos sus componentes empiezan a ser víctimas: el anciano es abandonado, el adulto es marginado laboralmente, la mujer es violada y el niño es maltratado. Así el hogar se constituye en un espacio propicio para transmitir el fenómeno de la violencia de generación en generación, convirtiéndose en una forma de relación humana enmarcada por actos de fuerza violatorios de los derechos fundamentales del niño” (Asociación afecto, 1998).

Es importante tocar el tema, pues hay necesidades de abordar problemáticas actuales que requieren de investigación y de acción. El maltrato infantil, tiende a repercutir en la formación de hábitos y personalidad del adolescente quien está en preparación para su madurez y su inserción al mundo social. Además, los científicos han descubierto que experiencias tempranas de maltrato puede tener efectos profundos a largo plazo en el sistema biológico encargado de las respuestas de estrés (Harvard Medical School, 2005). Si estas respuestas son provocadas en cierta persona por largo tiempo o constantemente, estas se vuelven por ende menos adaptativas. Una persona con estrés crónico, siempre está alerta y sin capacidad de relajarse psicológicamente o fisiológicamente. El sistema de retroalimentación pierde su sensibilidad y empieza a fallar (Harvard Medical School, 2005).

Entonces, surge el interrogante de cómo afecta el maltrato en el hogar a la hora de establecer relaciones sociales, mantenerlas, y adaptarlas a su propia condición, además de ver reflejados los síntomas posibles consecuentes del maltrato.

Papalia, Olds y Feldman (2001) señalan que “los niños se ven afectados tanto por lo que sus padres hacen como por lo que piensan”, es decir por las actitudes y creencias de los mismos. Esto daría un preámbulo importante de posibles comportamientos futuros en los niños maltratados en relación a imitar conductas que tuvieron una base familiar y una connotación errónea. Esto es, el trato inadecuado de los padres adaptado por el adolescente al trato con la sociedad.

Maltrato Infantil

Maltrato

El maltrato infantil es un fenómeno que surge con el hombre, por lo que es tan antiguo como la humanidad (Loredo 1994 y Martínez 1993 citados por Francia, 2003). Para Wolfe (1991, citado por Herrera, Sánchez & Santana, 1998) el maltrato infantil es “la presencia de una lesión no accidental, resultado de actos de perpetración (agresión física) o de omisión (falta de atención por parte de quienes están a cargo del niño y que requiere de atención médica o intervención legal)”. El maltrato tiende a ocurrir en situaciones de gran estrés, que hacen que toda la furia de la persona recaiga en el niño. Muchos de quienes cometen maltrato tienen antecedentes de haber sufrido el mismo tipo de agresión durante su infancia y a menudo no tienen conciencia de que el maltrato no es la forma apropiada de disciplina. Las personas que maltratan, a menudo, también tienen muy poca capacidad de controlar sus impulsos, lo cual impide que piensen en las consecuencias de sus actos (MedLinePlus, 2004).

Para definir un determinado trato como inadecuado, es conveniente tener en cuenta las consecuencias sobre el niño, es decir, los daños producidos cuando no se han respetado los derechos o no se han satisfecho sus necesidades. En este sentido más que verificar la presencia o ausencia de determinadas conductas de las personas en relación con los niños, se debe tener en cuenta que el trato que está recibiendo el niño, favorece su bienestar y le permite desarrollarse íntegramente (Ramírez y Vargas, 1999) Abad y Zufía (2001) definen el maltrato infantil como “cualquier interacción o falta de interacción entre el niño y sus padres/cuidadores, que ocasione un daño accidental físico y/o mental (...) Independientemente de las secuelas físicas que desencadenen

directamente las lesiones, todos los subtipos de maltrato dan lugar a diferentes trastornos fundamentalmente relacionados con el desarrollo psicosomático del niño”.

Para Arruabarrena y de Paúl (1994) citados en Moreno (2002), abandono físico o negligencia infantil son también situaciones de maltrato, las cuales son aquellas situaciones de desprotección donde las necesidades físicas básicas del niño (alimentación, higiene, vestido, protección y vigilancia en las situaciones potencialmente peligrosas, educación y/o cuidados médicos) no son atendidas temporal o permanentemente por ningún miembro de la unidad donde convive el menor.

Según los autores Klevens y Tremblay (2000), el comportamiento agresivo aparece en casi todos los seres humanos desde muy temprana edad. A los dos años de edad ya alrededor del 80% de los niños han sido alguna vez físicamente agresivos con otros. Sin embargo la gran mayoría de los niños “desaprenden” la agresión en la etapa preescolar, y un porcentaje pequeño (5-8%) este comportamiento persiste a través de la vida. La escuela sin duda es un observatorio privilegiado, pero no es necesariamente el mejor, ni el único para diagnosticar e intervenir en la realidad de los menores que sufren o pueden sufrir este tipo de situaciones y de sus familias. Si bien es clara la necesidad de protagonismo en programas de prevención por parte de la escuela, igualmente lo es el que no puede desarrollarlos en solitario (Prieto, 2004).

Según la Asociación Afecto (1998), el maltrato físico “se caracteriza por golpes como cachetadas, tirar del pelo o de las orejas, utilizar objetos y el abuso sexual. Las zonas más golpeadas son la cabeza, las manos y la zona genital. La conducta de dar una golpiza, que implica violencia grave es la que alcanza el mayor porcentaje en cuanto a la cotidianidad o violencia física más usada”.

Sin embargo, no se puede dejar de lado el maltrato psicológico y emocional que afecta igualmente, y en la mayoría de los casos de por vida. “También se basa en el descuido o falta de atención, gritos, negligencia y el abuso sexual” (Asociación Afecto, 1998).

Abuso sexual, definido por Kellog (2005) hace referencia a cuando un niño está involucrado en actividades sexuales las cuales no puede comprender y quien no se encuentra preparado a ellas debido a su desarrollo y discapacidad para dar consentimiento de ello. El maltrato psicológico es “la conducta sostenida, repetitiva, persistente e inapropiada (violencia doméstica, insultos, actitud impredecible, mentiras, decepciones, explotación, maltrato sexual, negligencia y otras) que daña o reduce sustancialmente tanto el potencial creativo como el desarrollo de facultades y procesos mentales del niño (inteligencia, memoria, reconocimiento, percepción, atención, imaginación y moral) que lo imposibilita a entender y manejar su medio ambiente, lo confunde y/o atemoriza haciéndolo más vulnerable e inseguro afectando adversamente su educación, bienestar general y vida social” (Gamboa, 1992 citado en Herrera, Sánchez y Santana, 1998)

“El maltrato va a estar determinado por los indicadores de trauma local, infecciones, dolor, inflamación y sangrado en los momentos de la ocurrencia y en relación directa con el grado de violencia empleado, así como también la pérdida de la capacidad de concentración, trastornos de la atención, cambios de comportamiento, aislamiento, mutismo, conductas presuicidas y sexualizadas entre otras” (Robaina, 2001).

Como uno de los principales factores de causalidad del maltrato, son los síntomas de agresión y la violencia. El maltrato infantil es un problema multicausal en el que intervienen las características del agresor, del agredido, el medio ambiente que los rodea,

y un estímulo disparador de la agresión (Amador, 1999 citado por Francia, 2003). Ocurre cuando en determinado momento, se suman múltiples factores de riesgo que pesan más que factores amortiguadores en un individuo. Esto quiere decir que el maltrato es maltrato cuando son más los aportes y sentimientos de agresión que los que aportan afecto en un niño. El maltrato es un modelo basado en el poder, el control y el autoritarismo del adulto que no respeta al niño. (Asociación Afecto, 1998), y en el que la agresión juega uno de los papeles más importantes.

Agresión y Violencia

La agresión se convierte en problema de comportamiento cuando es persistente, se manifiesta en distintos escenarios y se acompaña de una serie de manifestaciones como el comportamiento oposicionista, desobediencia, destrucción, agresión intencional hacia otros, involucrarse en peleas frecuentes, pataletas, rabietas o reacciones explosivas a la frustración, mentiras o trampas, impulsividad. Con alguna frecuencia este patrón de comportamiento se acompaña de hiperactividad, el déficit de atención y algunos de los trastornos del aprendizaje que inciden en el rendimiento académico (Klevens & Tremblay, 2000)

La violencia se da en colegios e instituciones, en las calles, el lugar de trabajo y las prisiones, los niños y niñas viven violencia en sus casas, en sus familias o por parte de otros niños y niñas. “Un reducido número de los casos de violencia ejercida contra los niños y niñas termina en muerte; pero lo más frecuente es que ni siquiera deje huellas visibles. Aún así, constituye uno de los problemas más graves que actualmente afectan a la infancia” (Fondo De Las Naciones Unidas Para La Infancia [UNICEF], 2000). La violencia es omnipresente en las sociedades en las que los niños y niñas crecen. La ven

en los medios de comunicación, y forma parte de las normas económicas, culturales y sociales que configuran el entorno del niño (UNICEF, 2000).

Factores de riesgo

Los mayores factores de riesgo relacionados con las personas que infligen el maltrato incluyen pobreza, falta de educación, ser padre o madre soltera, el alcoholismo y el consumo excesivo de otras drogas (MedLinePlus, 2004). DiLillo, Tremblay y Peterson (2000) citados en Paúl, Pérez, Paz, Alday y Mocoroa (2002) observan que el hecho de ser víctima de abuso sexual en la infancia aparece como factor de riesgo para el maltrato o la negligencia en la época adulta. Por tanto, parece que puede ser importante avanzar en esta línea de investigación y conocer en mayor profundidad la posible relación entre las diferentes formas de desprotección sufridas en la infancia y el riesgo de convertirse como adulto en maltratador físico, emocional, padre negligente, o agresor sexual. La violencia tiene sus raíces en cuestiones como las relaciones de poder asociadas al género, la exclusión, y la ausencia de protección por parte de un tutor adulto y de reglas sociales que protejan o respeten a la infancia. Factores importantes pueden ser el consumo de drogas, el fácil acceso a armas de fuego, el consumo de alcohol, el desémelo, la delincuencia, la impunidad y el encubrimiento (UNICEF, 2000). Según Klevens y Tremblay (2000) no todos los que tienen problemas de violencia familiar se vuelven adultos violentos o criminales pero su probabilidad es bastante alta. Los factores individuales y familiares que incrementan el riesgo de la persistencia de estos problemas de comportamiento son el género masculino, el bajo cociente intelectual verbal, el temperamento difícil, complicaciones perinatales, antecedentes familiares de criminalidad, patrones de crianza inconsistentes y hostiles y exposición a la violencia en el hogar. Ninguno de estos factores por sí mismo son suficientes ni necesarios para

generar este comportamiento. Más bien, es la sumatoria e interacción de múltiples factores. Abad y Zufía (2001) proponen estos factores de riesgo pero en tres planos diferentes; agregan al plano individual y familiar, la interrelación de los dos como un plano ambiental. El individual es aquel del que dependen tanto los padres como los niños y son todos aquellos antecedentes tales como maltrato en la antigüedad, enfermedades psiquiátricas, tipo de nacimiento, enfermedades previas, entre otros. El familiar es en el que se incluyen todos aquellos factores internos de la estructura como madres solteras o jóvenes y familias numerosas o pequeñas y la educación de los padres entre otros. Finalmente el ambiental, que son “los factores psicosociales que al interactuar con los anteriores planos favorecen la aparición del maltrato”, por ejemplo nivel socioeconómico y cultural.

Ison (2004) agrega que “las variables familiares, actúan como factores predisponentes y/o de mantenimiento para las conductas problemáticas infantiles, inhibiendo o retardando el desarrollo de diferentes habilidades infantiles (...) como las habilidades sociocognoscitivas para la resolución de problemas interpersonales”.

Como resultado, los niños agresivos sufren de múltiples deficiencias en sus destrezas sociales y cognoscitivas tales como bajo umbral para estímulos negativos, errores en la interpretación de estímulos lo cual dificulta su capacidad para entender la perspectiva del otro, un repertorio limitado de respuestas y una gran impulsividad con poca capacidad para prever las consecuencias (Klevens, Tremblay, 2000). Además, de acuerdo con UNICEF (2000), “la violencia puede tener consecuencias graves para el desarrollo del niño. En casos extremos, resulta en lesiones graves o incluso en la muerte. No obstante, también puede afectar a la salud del niño, a su capacidad de aprendizaje o incluso a su voluntad de ir a la escuela. La violencia puede ser causa de que el niño huya

de su hogar, exponiéndole así a más peligros. Así mismo la violencia destruye la autoestima de los niños y niñas y puede imposibilitarles tener una paternidad responsable en el futuro. Los niños y niñas que padecen violencia son más propensos que los adultos a la depresión y al suicidio”.

La Organización Mundial de la Salud OMS (2000) estima que 40 millones de niños y niñas menores de 15 años son víctimas de malos tratos y abandono y requieren atención sanitaria y social (UNICEF, 2000). En Colombia se estima que el 49% de su población es menor de 18 años, es decir, 21'159.000 de estos, 10,4 millones viven en situación de pobreza, y 1.512.000 en condiciones de miseria; 2,5 millones niños y niñas son maltratados; 35 mil son explotados sexualmente; 35 mil viven en las calles, 2,5 millones trabajan; 6.000 Niños, niñas y jóvenes están vinculados de grupos armados irregulares (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar [ICBF], 2005). En 1999, el Instituto de Medicina Legal reportó 62.123 casos de violencia intrafamiliar, de los cuales 41.528 eran de violencia conyugal, 9896 víctimas eran menores de edad siendo el 55% niñas. Conforme a datos de PROFAMILIA del año 2000 por el ICBF (2005), el 94% de los menores de 17 son castigados siendo más común entre los mayores de 6 años. Además, el Instituto de Medicina Legal (2000) reportó 62.123 casos de violencia intrafamiliar, de los cuales 41.528 eran de violencia conyugal, 9896 víctimas eran menores de edad siendo el 55% niñas (ICBF, 2005).

A raíz de la gravedad y las complicaciones que traen el maltrato, la agresión y la violencia en los niños y viendo que las estadísticas más altas residen en el hogar, es importante tener en cuenta el valor de esta institución (la familia) en el desarrollo del adolescente.

Familia y hogar

La familia es al “institución social” donde se establecen los principales intercambios y vínculos afectivos entre individuos de diferentes generaciones. Es un grupo de personas relacionadas por vínculos de sangre, matrimonio o adopción que constituyen la principal fuente de apoyo social y el espacio (afectivo no geográfico) en el que se aprenden las normas, valores, actitudes, virtudes y comportamientos de la sociedad en el que se ha nacido (Ramírez, Vargas 1999).

“La familia como eje central de la sociedad es responsable del desarrollo de los niños. (...) La violencia familiar existe en todas las clases sociales y provoca un grave y profundo deterioro de la misma” (Robaína, 2001). La vida en familia proporciona la influencia más temprana para la educación de los hijos. Es determinante en las respuestas conductuales entre ellos y la sociedad, organizando sus formas de relacionarse de manera recíproca, reiterativa y dinámica que son las interacciones más importantes en familia (Anzures y Mendizábel, 1999). Bersabé, Fuentes y Motrico (2003) afirman que la calidad de las relaciones de los adolescentes con sus padres es una continuación de los vínculos de apego establecidos durante la infancia. Se ha comprobado además, que en las familias con niños en situación de abandono físico, las relaciones con la familia extensa son conflictivas, y en las escasas ocasiones en las que se recurre a la familia extensa la respuesta de éstos es negativa. Esto provoca que en ocasiones los cuidadores/ progenitores respondan inadecuadamente a las demandas de los miembros más pequeños de la unidad familiar, dado que no cuentan con el apoyo de la familia extensa cuando la necesitan (Moreno, 2002).

El problema principal en la violencia y las consecuencias a largo plazo de ésta, empieza según la literatura, desde el hogar: Por lo general los niños maltratados en su

gran mayoría son afectados directamente por sus cuidadores principales, por lo general sus padres. Directa o indirectamente, las pautas de crianza son base importante del desarrollo y conformación de la autonomía del adolescente y de su propia personalidad.

De acuerdo con Hurlock (1971), “las relaciones entre individuos raras veces se mantienen estáticas; las gentes cambian, y de igual modo varían sus relaciones con los demás, ya se trate de miembros de la familia, amigos personales, relaciones comerciales, o conocidos” Los adolescentes quieren ser personas únicas e independientes aunque en realidad deban depender de otro. “Formulan nuevas exigencias sociales, económicas y emocionales, muchas de las cuales no sólo hace perder tiempo y energía a sus padres, sino que son tan poco razonables que estos creen que deben reprimirlas. Los padres esperan que el adolescente contribuya a aliviar gran parte de las cargas del hogar, e incluso que contribuya económicamente a su sustento; que piense seriamente y que se prepare para su futuro” (Hurlock, 1971). Moulton (1966, citado por Horrocks, 1984), afirma que la familia le proporciona al niño un sistema socializante en el que se enfrenta a un moldeamiento de conductas disciplinarias y afectivas, similar a Maldembaum (1969, en Horrocks, 1984) donde dice que “la familia proporciona una estructura dentro de la cual el niño puede encontrar raíces, continuidad, y un sentido de pertenencia”. La autora considera que la adolescencia es una recapitulación de las actitudes de los padres hacia la infancia. “Si el niño fue capaz de aprender a tener confianza, armonía, y sentido de identidad, cabe esperar que la transición a la edad adulta sea fácil. Pero si los padres se han resistido a la búsqueda de autonomía del niño, puede esperarse que el adolescente recurra a métodos rebeldes cuando emprenda la transición a la edad adulta”. Así lo deseen o no, los niños tienden a imitar a sus padres y a integrar dentro de su propia estructura de la personalidad y sus mecanismos de defensa y formas de enfrentarse con

el mundo, las conductas y actitudes que han contemplado con sus padres (Horrocks,1984). En gran medida, la capacidad para enfrentar las demandas y adaptarse a la vida se basa en los fundamentos psicológicos de las experiencias familiares tempranas (Anzures y Mendizábal, 1999).

Es por esto que de la infancia y del contexto en el que se desenvuelve el niño, dependen comportamientos futuros en los adolescentes como agresivos o adaptativos. El adolescente es como un resultado de todo el conocimiento, actitudes, valores y tipos de pensamiento entre otros, de la vida que ha tenido y de quien ha recibido información en los años previos. “El hogar desempeña dos papeles: el de una agencia que define el estatus, y el de una agencia que define la experiencia. El hogar identifica el estatus del niño en la sociedad y el papel que debe desempeñar para desarrollar este estatus o tal vez para evitarlo, ya que es la familia la que se lo impone. La familia podría educar en las costumbres e ideales de la sociedad y de su propio lugar en esta ya sea hablando acerca de los ideales, mostrando las posiciones familiares que representan al tipo de familia, relatando anécdotas familiares, o satisfaciendo y reforzando relaciones con los parientes” (Horrocks, 1984). Asimismo Horrocks halló que el adolescente que encuentra diferencias, y discusiones entre sus padres dentro del hogar, tiende, debido a su reacción conductual a la situación, a hacer las cosas más difíciles en el hogar para ellos y para él mismo, y también suele llevar las tensiones al exterior. Francia (2003), encontró cómo los padres maltratan más frecuentemente en cantidad y en severidad tanto psicológica como física y emocional a sus hijos indisciplinados, y además, aquellos quienes sufren de maltrato en su infancia o modelos de educación maltratantes, agreden a sus hijos de alguna manera (psicológica o física). No depende necesariamente el nivel

socioeconómico ni sociocultural para que ocurra el maltrato, sino la educación que traen desde su infancia y las vivencias personales.

De opinión con Frías, Mestre y Samper (2004), “la familia se considera el agente socializador primario ya que constituye la primera fuente de información para el niño acerca de su propia valía e importancia, de las normas y roles, y de las expectativas que desde muy pronto se proyectan sobre él”. El proceso de socialización se ha considerado desde perspectivas diferentes una variable central para el estudio del desarrollo personal de los individuos, su autoconcepto, el proceso de interiorización de valores, su identidad de género y las preferencias de los roles (Maccoby, 1990; Mestre, Samper, Pérez, 2001 citados en Frías, Mestre y Samper, 2004).

“Cuando el ambiente hogareño es favorable en el sentido de que satisface las necesidades del niño a medida que este pasa a la adolescencia y luego la madurez, el resultado será una personalidad sana y bien equilibrada” según afirma Hurlock (1971). Las relaciones familiares afectuosas, sumadas a un ambiente adaptado a las necesidades del individuo, son más importantes que cualquiera de los otros aspectos de las relaciones familiares (Brown y Col, 1947; Graves, 1948; Scout y Langdon, 1951 citados en Hurlock, 1971). Una vida familiar con problemas de violencia en la que haya falta de relaciones afectuosas: escaso interés por los hijos, tirantes entre los padres, falta de compañerismo entre padre e hijo y rupturas familiares provocadas por la muerte o el divorcio, conduce a la inestabilidad emocional y al desajuste de la personalidad (Stott, 1939, 1945; McKinney, 1941; Torrance, 1945; Stagner, 1948; Havighurst, 1952 citados en Hurlock, 1971).

“La calidez como dimensión que incluye la evaluación positiva del hijo, interés y apoyo emocional, junto con la coherencia en la aplicación de las normas (control),

resulta ser el estilo parental más relacionado positivamente con el razonamiento internalizado y autónomo, centrado en principios de igualdad y orientado a las necesidades del otro, con la empatía y el comportamiento prosocial. Por el contrario, las relaciones cargadas de hostilidad, críticas y rigidez excesivas, junto con una actitud de rechazo o ignorancia del hijo/a inhiben la disposición prosocial” (Carlo y Raffaelli, 1999; López, 1994; Mestre, Samper y Marti, 1998; Mestre, Pérez, Tur y Diez, 2001; Roa y del Barrio, 2001 citado en Frías, Mestre y Samper, 2004). Según Kilgore, Zinder y Lentz, 2000 citados en Frías, Mestre y Samper (2004), las relaciones familiares caracterizadas por la hostilidad, irritabilidad y rechazo guardan una relación positiva con el comportamiento agresivo, mientras que convivir con el afecto, apoyo emocional y estimulación hacia la autonomía personal guarda una relación positiva con dicha conducta. Para el adolescente poder establecer habilidades cognitivas y psicosociales, estas actúan como reguladoras de la conducta infantil y son aprendidos en el seno de la interacción entre los miembros de una familia y en la calidad de las prácticas de crianza (Ison, 2004).

Consecuencias del maltrato

Las consecuencias del maltrato infantil no siempre apuntan en una única dirección y que dependen de un importante conjunto de variables, tales como el tipo de maltrato sufrido, su intensidad, las características de los padres maltratadores, el contexto familiar y social en el que vive el niño y las relaciones afectivas con otros miembros de la familia o el grupo social de pertenencia (Cerezo y Frías, 1994; De Paúl y Arruabarrena, 1995 citados en De Paúl *et.al.*, 2002). Existen diferentes tipos de comportamientos negativos entre las personas en cuanto al maltrato hacia los niños porque no favorecen su bienestar y, por tanto, no crean las condiciones para que se desarrollen integralmente. Según

Ramírez y Vargas (1999) estos comportamientos pueden incluirse en distintas categorías, entre ellas: a) descuido o negligencia, b) negligencia durante el embarazo ó parto (perinatal), c) trato psicológico inadecuado, d) trato físico inadecuado, e) síndrome de Münchausen, f) actividades ritualísticas, y g) abuso sexual. La clasificación de estos comportamientos se han realizado de esta forma para facilitar su comprensión, pero con mucha frecuencia los niños son tratados inadecuadamente de diferentes formas en la misma situación o evento, lo que hace más complejo el problema (Ramírez, Vargas 1999).

Ha sido bastante difícil hallar las verdaderas consecuencias a largo plazo del maltrato físico en los adolescentes. Sin embargo Ramírez y Vargas (1999) dan una opción que daría indicios de lo que podría pasar en cada uno de los niveles o áreas:

En el área física, dependiendo de la severidad del trato inadecuado, puede generar consecuencias tan graves como cegueras por el desprendimiento de retina, cataratas postraumáticas, glaucomas; deficiencias motoras y cognoscitivas o epilepsias.

En el área interpersonal las personas maltratadas en su infancia que asumen el papel de padre o madre, y no han tenido un apoyo emocional adecuado, repiten las mismas acciones de violencia con sus propios hijos. Estas personas, que no han tenido la oportunidad de establecer vínculos afectivos seguros, son incapaces de dar afecto.

En el área sexual puede tener diversos problemas de su salud sexual y reproductiva ya que su historia de trato inadecuado les ha impedido desarrollar la aptitud para disfrutar de su vida sexual, adaptándola a criterios de ética personal o social. Con frecuencia son personas que han inhibido la capacidad de respuesta sexual, debido a que su experiencia de trato inadecuado ha favorecido la aparición de miedos, sentimientos de vergüenza, culpabilidad y creencias poco fundamentadas.

Siguiendo la línea de Ramírez y Vargas (1999): En el área comportamental, los adultos que son tratados inadecuadamente en su infancia están más propensos a involucrarse en actividades delictivas, a unirse a pandilla y a desarrollar procesos adictivos al alcohol y otras sustancias; a presentar trastornos de conducta severos entre los cuales se encuentran la falta de control de impulsos, la agresividad excesiva e intentos de suicidio. Son personas que piensan que para ser escuchadas o tenidas en cuenta deben hacer cosas fuera de lo común, sobreactúan y sobre reaccionan, son dramáticas, exageradas y repetitivas; son incapaces de expresar de forma efectiva sus sentimientos, generalmente los traducen en acciones (golpean, gritan, lloran) y todo lo quiera ya, los resultado deben inmediatos e instantáneos, exigen y esperan soluciones mágicas a todos los problemas.

A nivel psicológico los datos disponibles, permiten plantear que las personas que fueron tratadas inadecuadamente en su infancia desarrollan una autoestima baja: sienten que no son importantes, que a nadie le hace falta, que nadie los quiere, que son incapaces y que hagan lo que hagan nunca van a poder lograr lo que desean en su vida; no saben lo que quieren y no han logrado establecer una escala de valores que les permita desarrollar un proyecto de vida con el que se sientan autorrealizados. Otros se convierten en adultos incapaces de satisfacer sus necesidades de manera apropiada; de separar los sentimientos de las acciones; de determinar que ellos son responsables de sus propias acciones y no de las de otros; de tomar decisiones y posponer la gratificación. Muchas de estas personas se sienten culpables de todos los eventos negativos que ocurren a su alrededor, independientemente del papel que otros hayan jugado en ellos. Se muestran indecisas, dependientes e incapaces de dirigir y controlar su propia vida.

Además, los autores recalcan que es importante reconocer que algunas víctimas de trato inadecuado desarrollan una gran necesidad de lograr lo que se proponen. Son muy competitivas, pero no por interés y satisfacción personal sino para lograr el reconocimiento de los demás. Estas personas temen que si no hacen las cosas bien, la gente no las va a respetar; creen que si fracasan significa que son inferiores; consideran que para ser valiosos deben destacarse siempre en lo que hacen y que las personas a quienes se les ocurren buenas ideas valen más que las que son poco ingeniosas y creativas. Por otro lado, ciertos adultos víctimas del trato inadecuado, se quejan permanentemente de estar preocupados, aunque no tienen situaciones particulares que enfrentar o que resolver. Son personas que afirman preocuparse excesivamente por todas las circunstancias de la vida. Cuando se relacionan con alguien lo hacen con desconfianza e inseguridad, por lo cual sus amigos son muy pocos. Quienes tienen contacto con ellas las describen como personas aisladas, retraídas y poco habilidosas en lo social, también manifiestan una gran tendencia a relacionarse en relaciones afectivas conflictivas, poco armoniosas, en la que la violencia es, probablemente, la forma de relacionarse y en las que sienten utilizadas e insatisfechas.

Respecto a las relaciones con los demás, se ha visto que las personas con una historia de trato inadecuado severo y crónico en la infancia tienen una gran necesidad de aprobación: no pueden ser felices si no son admiradas por la mayoría de gente que conocen; su valor personal depende, en gran medida, de lo que los demás opinen de ellos; se sienten muy tristes si no cuentan con personas en quién confiar; permanentemente buscan la compañía de otros (Ramírez y Vargas, 1999). La muestra de abandono físico, las relaciones de pareja de los cuidadores que presentan frecuentes altibajos, momentos conflictivos y momentos positivos de convivencia demuestran

según Moreno (2002), que generan dificultades en la comunicación de la pareja futura y existe un notable desequilibrio en el balance de poder en la relación.

Es decir que los adultos que han sido maltratados en su infancia, en el desarrollo de su adolescencia tendrán una probabilidad grande de tener problemas en todas las áreas relacionadas a su vida: El área física debido a desgastes físicos por golpes y asimismo retardos, además de variaciones neurológicas; comportamental como involucrarse en actos indebidos; interpersonal pues son incapaces de establecer relaciones estables por ejemplo; sexual al no poder dar una respuesta de la misma índole por su trato inadecuado; y psicológica en donde la autoestima se baja y no permite desarrollar libremente la personalidad del individuo.

Asimismo, Hurlock (1971) habla de los desajustes de personalidad que logra traer el maltrato infantil en los adolescentes: Inmadurez e infantilismo, en los cuales el desarrollo emocional no ha superado el nivel infantil. “Esto se demuestra por la incapacidad para tomar decisiones, por la dependencia de uno o ambos padres, y por el constante consultar a los demás para resolver las cuestiones personales con respecto a asuntos triviales que los adolescentes por lo común deciden por sí mismos; complacencia excesiva, que se demuestra en la incapacidad de dirigirse a sí mismo o por tendencia a seguir a los demás; incapacidad social, que puede manifestarse por la confusión en el trato con los demás (o por el ser “socialmente incapaz”), por la incapacidad para llevarse bien con los demás (ser impopular), o por alguna forma de apatía; disconformidad y despreocupación, como lo muestra la tendencia a no tomar en cuenta las opiniones de los demás, incapacidad para distinguir las buenas costumbres de las “malas y despreocupación con respecto a la censura de la comunidad; falta de interés, por los estudios o el trabajo; y Temor y ansiedad, que son habituales, y que hacen que el

individuo, cuando enfrenta responsabilidades, desarrolle alguna enfermedad y evite el esfuerzo. El adolescente mal adaptado es un individuo desgraciado; desempeña el papel de un aislado social y se pierde las diversiones de que disfrutaban los sujetos de su misma edad” (Hurlock, 1971).

Conducta Social

De acuerdo con Anzures & Espinoza, (1998), la adolescencia es una etapa vital que implica esencialmente cambios en la vida; así como se modifica el cuerpo por aparición de caracteres sexuales secundarios; se experimentan una serie de modificaciones en la conducta que hacen de ella una época especialmente turbulenta. La etapa de la adolescencia se caracteriza por cambios drásticos y rápidos en el desarrollo físico, mental, emocional y social, que provocan ambivalencias y contradicciones en el proceso de búsqueda del equilibrio consigo mismo y con la sociedad a la que el adolescente desea incorporarse. La adolescencia es una etapa decisiva en la adquisición y consolidación de los estilos de vida, ya que se consolidan algunas tendencias comportamentales adquiridas en la infancia y se incorporan otras nuevas provenientes de dichos entornos de influencia (Rodrigo, Máiquez, García, Mendoza, Rubio, Martínez, Martín, 2004)

Durante el desarrollo de la adolescencia ocurren, además de cambios físicos, modificaciones en la conducta social y cultural del individuo, que si bien coinciden en el tiempo, no se deben totalmente a las modificaciones hormonales del organismo. Estos cambios ocasionan variación en la capacidad intelectual, en la integración de la personalidad y en la adquisición de los valores morales que aseguran la obtención de la independencia afectiva, económica y social (Altamira, Calzada, Ruiz, 2001). Además de ser un período de rápido crecimiento físico, para Altamira, Calzada y Ruiz, (2001), la

adolescencia también es un periodo de desarrollo acelerado de la capacidad intelectual. Los jóvenes deben adaptarse no sólo a su nuevo cuerpo sino también a sus nuevas “facultades cognoscitivas. Se pasa del pensamiento operativo concreto al operativo formal, es decir, comprender conceptos complejos y abstractos, pero sin abandonar totalmente el pensamiento concreto, egocéntrico y simple que caracteriza a la infancia. Es frecuente que los adolescentes pasen varios años intentando roles, sistemas de valores e ideologías, y por lo tanto las dinámicas social y psicológica están dominadas por los intentos para establecer un nuevo sentido del propio yo. Esto es que ellos pasan por diferentes etapas de prueba donde analizan sus gustos y creencias y toman partido de la que va más acorde con su preferencia y con la cual se sienten más a gusto.

A medida que el cerebro se reorganiza, se crean modelos que servirán de base para reforzar las conexiones mediante una actividad física o mental. Los científicos creen que la época que media entre los 10 y los 20 años puede ser clave para ejecutar el cerebro y que los adolescentes que aprenden a poner en orden sus pensamientos, medir sus impulsos, y pensar en forma abstracta, pueden establecer bases neuronales importantes que perduraran a lo largo de sus vidas (UNICEF, 2002). “La adolescencia es más que una etapa vital; es un estado de ánimo y una condición maravillosa del ser humano que se manifiesta en su plenitud de potencialidades, mismas que con no poca frecuencia chocan contra un muro casi inquebrantable de obstáculos que los adultos han creado a su alrededor tratando de contener “inútilmente” este torrente de secreciones hormonales, fibras musculares y cuestionamientos filosóficos” (Anzures & Espinoza, 1998). A medida que los jóvenes empiezan a interesarse por lo que está más allá del entorno del hogar, la visión que tienen de sí mismos, de sus progenitores, y del mundo, cambia de forma drástica (UNICEF, 2002). Según esto, empiezan a buscar respuestas a multitud de

preguntas. Para construir su identidad y crecer hasta convertirse en adultos sanos, responsables, productivos, y con principios, deben disponer de acceso a sistemas de apoyo y a oportunidades para establecer relaciones estrechas y duraderas, desarrollar un sentido acerca del valor, y sentirse apreciados en la comunidad. Sin ese apoyo se convierten en seres mucho más vulnerables a la explotación y al maltrato (UNICEF, 2002).

Durante la adolescencia se desarrolla la capacidad de iniciar y mantener amistades íntimas y mutuamente compartidas, se valora compartir problemas personales y no sólo alivio del aburrimiento o la soledad (Altamira, Calzada y Ruiz, 2001). Por lo general el adolescente tiende a atribuirles una gran importancia a las actitudes y opiniones de otras personas, en especial a las que tienen su misma edad. Según Horrocks (1984), “La adolescencia es una etapa de interés creciente y urgente por las personas del sexo opuesto, como personas y como organismo biológico. Es una época en la que se buscan un papel social apropiado y relaciones sociales satisfactorias que concuerden con los conceptos de sí mismo. Por encima de todo es una época de ajuste personal, presente y futuro, se relaciona estrechamente con el éxito social y con la habilidad para desempeñar el papel social que el individuo desea. Las complicaciones a las que se enfrenta el adolescente en su vida social son diversas. Ha pasado recientemente por etapas de desarrollo social durante las cuales su papel personal aceptado y el papel que otros esperan de él eran muy diferentes del papel que deben desempeñar ahora”. La edad en que ocurre la maduración sexual a sí mismo es importante para determinar el desarrollo social del individuo.

La madurez social consiste en una mayor autonomía respecto de los padres y las autoridades adultas, con modificación de las relaciones interpersonales y heterosexuales caracterizadas por disminución de la impulsividad (Altamira, Calzada y Ruiz, 2001).

Es aquí donde el adolescente empieza a tener un conflicto, puesto que no es un niño, pero tampoco es un adulto aunque “deba” comportarse como tal, y buscar y superar expectativas bastante altas que la sociedad le exige pero que para su modo de vida todavía son difíciles de alcanzar. El adolescente debe empezar a sumergirse en el mundo de las relaciones sociales, y a establecer vínculos afectivos con compañeros, amigos y pares. Según UNICEF (2002), “Cuando los adolescentes tienen relaciones estrechas con personas con las que pueden contar, ganan más confianza en sí mismos. Cuando sienten que forman parte de un grupo, tienen más posibilidades de beneficiarse de otros “factores de protección” que pueden ayudarles a crear estrategias para la resolución de conflictos y a desarrollar una autoestima positiva (...) Establecer lazos es fundamental para crear un entorno seguro y estimulante en el que los jóvenes sientan a la vez autonomía y protección, estén expuestos a valores positivos, tengan unas pautas que seguir, dispongan de supervisión y normas con las que orientarse, encuentren oportunidades para el presente y la seguridad que tendrán de tenerlas también en el futuro y tengan la libertad de explorar su identidad, expresar sus opiniones y participar en decisiones que afecten sus vidas (...).

El entorno de los jóvenes modela e influencia constantemente sus ideas. Cuando los adolescentes pueden aprender y expresarse sin miedo, tienen más probabilidades de participar en actividades con sus progenitores, sus amigos y sus comunidades. Mejoran su autoestima y se convierten en modelos positivos de conducta”. Para ello, deben adquirir, establecer y mantener ciertas habilidades sociales. Estas se entienden como

“dimensiones cognoscitivas y socioafectivas que sustentan comportamientos que son evaluados como adecuados por los agentes sociales, teniendo en cuenta las demandas y restricciones de distintos contextos. Estos comportamientos adquiridos por el aprendizaje en contextos sociales determinados, no están ligados a situaciones específicas, y por consiguiente, se postula que tienen mayor poder de generalización a diferentes situaciones (Pelechano, 1996; Shure, 1996; Spivack, Platt y Shure, 1976; Spivack y Shure, 1974 citados en Ison, 2004). Estas habilidades de interacción social son aprendidas y autorreguladas en el contexto familiar y actualizadas en el contexto escolar (Ison, 2004). Esto es por que las primeras experiencias se basan en las normas y valores al interior de la familia, pero en la medida que crece el niño, empieza relacionarse e iniciar su etapa escolar. La escasa presencia física o accesibilidad de los padres y la falta de supervisión de éstos, acompañada por una ausencia de comunicación con los hijos en relación con las actividades de la vida diaria, se asocian a una mayor tendencia a relacionarse con iguales conflictivos y a realizar conductas de riesgo o de carácter antisocial (Dishion, Patterson, Stoolmiller y Skinner, 1991; Serrano, Godás, Rodríguez y Mirón, 1996 citados en Rodrigo *et.al.*, 2004)

Según las estadísticas del 2002 de la UNICEF, los niños que han sido víctimas de abusos o de negligencias, tienen un 53% más probabilidades de ser arrestados como delincuentes juveniles, un 38% de ser detenidos en la edad adulta, y un 38% más de ser arrestados por delitos violentos. Investigaciones relevantes destacaron que el desarrollo de las habilidades cognitivas y la competencia social con pares, tiene su base en las practicas de crianza familiar, en los estilos de resolución de problemas entre los miembros de la familia y en las estrategias autorregulatorias dentro del funcionamiento de la dinámica familiar (Bierman, 1996; Blechman y McEnroe, 1985; Cerezo, 1995;

Faubel, 1998; Gottfried y Gottfried, 1983; Parke, Cassidy, Burks, Carson y Boyum, 1992 citados en Ison, 2004). Cuando estos procesos cognoscitivos, que se encuentran en la base de las habilidades interpersonales, se desarrollan de modo deficitario, el resultado final se expresa en un conjunto de conductas ineficaces para la interacción social y el ajuste escolar (Ison, 2001; Kazdin, Siegel y Bass, 1992 citados por Ison, 2004). Esto lleva a que el adolescente se haga un tipo de evaluación en cuanto a su capacidad de relacionarse de manera efectiva con sus pares y su contexto. “El constructo dificultad interpersonal, se refiere a la evaluación del propio sujeto sobre el grado de dificultad experimentado al relacionarse con diferentes clases de personas independientemente del origen de la dificultad” (Hidalgo, Inglés y Méndez, 2001). Según estos autores, estas dificultades afectan de manera negativa al adolescente de diferente manera: en la parte académica tiene dificultades puesto que le es complicado participar en clase y preguntar sobre dudas entre otras; en la parte social le cuesta hacer amigos y esto lo lleva a aislarse y a tener sentimientos de soledad, y en cuanto a sus padres, no tiene habilidades para establecer una correcta relación lo que lo lleva a tener un conflicto más en su desarrollo.

Acorde a Hurlock (1971), la adolescencia es la época en la cual empieza a aprender a adaptarse a las normas, costumbres y tradiciones del grupo y encuentra un sentido de “identidad, comunicabilidad y cooperación”, donde es importante lograr éxito social ya que en esta etapa de la vida determinará, en gran parte, lo que será socialmente en la adultez.

A medida que maduran, los adolescentes buscan la sensación de pertenecer a algo. Según UNICEF (2002) “aprenden, crecen y prosperan cuando se les da una amplia variedad de oportunidades de influir en su entorno. Las aportaciones que los

adolescentes hacen en sus hogares, escuelas y comunidades, y mediante consejos municipales y asociaciones juveniles, medios de comunicación y conferencias internacionales, pueden inspirar y consolidar un cambio duradero”.

La buena adaptación social exige que el individuo ensamble su conducta en una sociedad o en un grupo social dentro de la comunidad. Debe adquirir habilidades y técnicas, aprender reglas y sanciones, actitudes y valores que le permitirán mantener un lugar en la sociedad mientras que, al mismo tiempo, le proporcionarán una sensación de autosuficiencia de identidad personal (McGuire y Havighurst, 1947 citados en Hurlock, 1971).

Según la autora, la adaptación social se juzga en términos de la actividad social; “se supone que, cuanto mejor adaptado se halla el individuo, tanto más será el individuo”. Sin embargo, así como afirma, esto no es del todo cierto, ya que hay factores tales como la motivación del adolescente además del grado de adaptación al grupo, el tiempo de que dispone para participar en las actividades, y muchos otros similares.

Además, el adolescente no se puede dejar por fuera del contexto y la situación en la que se vea inmerso.

La adolescencia es un periodo evolutivo caracterizado por importantes cambios en las relaciones interpersonales. Según Hidalgo, Inglés & Méndez (2001), primero tienen una expansión de las “redes extrafamiliares”, puesto que empiezan a vincularse a sitios públicos y actividades sociales donde desconocen en su gran mayoría a las personas o pares con los que se van a encontrar. Segundo, se independizan de sus padres acercándose más a pares de su mismo sexo (Buhrnester y Furman, 1992; Mayseless, Wiseman, Hai, 1998 citados por Hidalgo, Inglés y Méndez), y tercero empiezan a tener contacto con pares de su sexo contrario para iniciar las relaciones románticas (Braken y

Crain, 1994; Buhrmester y Furman, 1992; Hansen, Christopher y Nanglen, 1992 citados por Hidalgo, Inglés y Méndez).

Para que el adolescente empiece a establecer sus relaciones sociales, debe contar con una construcción familiar que viene desde la infancia.

Para Hurlock (1971), las relaciones sociales en la infancia cuando el individuo siente que es parte de un grupo, que sus integrantes lo quieren y lo estiman, se siente seguro y es feliz. Sin embargo, para la autora si el tratamiento que le dispensan otras personas fuera tal que lo hiciera sentir rechazado, pronto aparecerían sentimientos de inseguridad. “El grado en que un jovencito se adapte a las nuevas exigencias sociales en la adolescencia dependerá en gran parte de sus primeras experiencias en la sociedades y de las actitudes que haya desarrollado como resultado de éstas”.

Según UNICEF (2002), existen parámetros desde la infancia para lograr una conducta social apropiada, en medio de un “entorno de protección”. a) Las actitudes, tradiciones, costumbres, comportamientos y hábitos, b) El compromiso de los gobiernos de respetar, proteger y promover la protección de la infancia, d) La existencia de leyes relativas a la protección y aplicación de las mismas, e) La capacidad de aquellos que conviven con los niños y niñas de crear un entorno de protección para ellos, f) La preparación, información y participación de los niños y niñas, g) La vigilancia y denuncia social de cuestiones relativas a la protección de la infancia, y finalmente, h) La creación de servicios de atención y reinserción. De faltar cualquiera de estos elementos, los niños y niñas serían más vulnerables al maltrato, la violencia, la discriminación y la violación de sus derechos.

Esto le permitirá al adolescente desarrollarse libremente ya que tiene una base saludable desde su infancia.

Relación del Maltrato con las Relaciones del Adolescente

Existe una estrecha relación entre los diferentes tipos de maltrato y el desarrollo biopsicosocial del adolescente; así lo demuestran los estudios realizados en estas áreas, lo que puede traducirse en problemas escolares, tanto en el plano cognoscitivo como en el de la interacción social (Barnett 1996 & Kurtz 1993 citados en Herrera, Sánchez & Santana 1998) y en alteraciones de la conducta manifestadas por agresión y retraimiento (Levendosky & Muller, 1995 citados en Herrera, Sánchez & Santana 1998).

El desarrollo del adolescente entonces, está basado en la construcción de las relaciones familiares que tiene en su hogar. Según Ramírez y Vargas (1999) ninguna otra institución como la familia, es capaz de proveer a cada uno de sus miembros esa sensación de bienestar, compañía, orgullo, seguridad y afecto que experimentan los individuos que viven en una familia. Se ha asumido, tradicionalmente, que la meta de la familia es la reproducción, el cuidado y la educación de todos sus miembros. Teniendo en cuenta esa meta se han establecido una gran variedad de normas, leyes y roles que permiten definir, lo que es aceptado, apropiado y necesario en nuestra sociedad para alcanzarla.

Sin embargo, se ha observado que las familias que no tienen claridad sobre las reglas de la relación y el papel de cada cual en el grupo se desarrolla la violencia como única forma de comunicación y pareciera que esa alternativa de interacción es preferible a no tener ninguna. Eso hace que inclusive los niños piensen que son merecedores de los castigos que les propinan los adultos (Ramírez, Vargas 1999).

La familia se percibe como entidad positiva que beneficia a sus miembros; de lo contrario si el ambiente es negativo, existe menor control sobre ellos mismos. El adolescente es muy sensible a su entorno cultural; si su desarrollo es anormal,

aparecerán dificultades en sus relaciones (familia, escuela, sociedad) (Anzures, Mendizábal, 1999).

La calidez y el apoyo parental en el contexto de expectativas familiares claramente definidas, están vinculados con una autoestima y una adaptación social positivas; en cambio, la rudeza y el rechazo de los padres dan resultados opuestos (Altamirano, Calzada, Ruiz, 2001). Altamira, Calzada y Ruiz afirman que el desarrollo de la competencia social durante la adolescencia es un firme indicador de una adecuada adaptación psicosocial adulta, ya que depende de la capacidad para interpretar correctamente los indicios del medio para responder en forma apropiada. Desde el punto de vista psicosocial, en la adolescencia, se producen cambios intensos que permiten adquirir una independencia afectiva, económica y gremial, a través del desarrollo de una capacidad intelectual madura en la que se desarrolla el pensamiento complejo y abstracto; de la integración de una autoimagen cognoscitiva, social y física; de la posibilidad de interactuar y ser aceptado por otros y del establecimiento de valores éticos propios.

CONCLUSIONES

Los adolescentes empiezan a desarrollar su sentido de identidad mediante las bases educativas que tuvieron durante su infancia. Una buena relación con los padres y estilos parentales positivos, conllevan a una mejor actitud del adolescente y una mejor adaptación al medio.

El maltrato infantil se ha evidenciado en las últimas décadas de manera creciente, muchos autores se han relacionado con el tema para proponerle un fin o por lo menos encontrar alternativas de generar habilidades y estrategias de afrontamiento de estas crisis en cada una de las familias y así reducir el porcentaje.

Esto conduce a problemáticas en los adolescentes psicosociales, en este caso de relacionarse en el contexto en el que se ven inmersos y crear vínculos afectivos estables, prolongados y adecuados con personas ajenas a las conocidas (familia o cuidadores).

Para establecer este tipo de relaciones, se encuentra que el adolescente tiene que suplir ciertas etapas en su infancia, en donde los planos familiares, individuales y ambientales juegan los papeles mas importantes en su preparación para el futuro. En caso de verse violentados estos pasos, se tienen repercusiones negativas a la hora de establecer una identidad al inicio de la adolescencia, donde lo más importante es la búsqueda de la misma por medio de la autonomía y las bases que se tuvieron en el hogar.

El maltrato, es una de las formas de violentar uno de los tres planos: se ven por parte de los padres hacia los hijos y puede ser establecido desde el pasado. Esto es que pudo ser que los padres fueran maltratados, entonces siguen este tipo de patrones de conducta. Parece haber una estrecha relación entre las conductas recibidas y las conductas realizadas.

Es por esto, que maltratar al niño provocará conductas disociativas en el futuro y le acarreará problemas a la hora de establecer relaciones sociales.

El objetivo del recuento teórico, era hallar una relación causal entre el maltrato intrafamiliar en la infancia con las relaciones sociales en la adolescencia. Estas hacen la primera etapa de los adolescentes cuando cambian de contexto y empiezan socializar, a encontrar amigos y a establecer relaciones románticas. Para ello, empiezan a buscar sus preferencias y las actividades en las que se sienten a gusto para buscar personalidades acordes que se acomoden a ellos mismos. Sin embargo, para lograr este complicado proceso, el adolescente ha debido pasar por ciertos tipos de educación y acoplamiento familiar, y lograr un vínculo estable, agradable y positivo. Al pasar por modelos maltratados o por algún tipo de maltrato intrafamiliar por cualquiera de sus miembros (especialmente por sus cuidadores primarios y/o padres), las bases de las relaciones se ven quebrantadas y es difícil empezar a establecer relaciones con personas ajenas: los patrones conductuales y de relación son equivocados y tienden a buscar relaciones negativas, o en otro caso, no permanecer en ellas. Esto además, es debido a que durante la formación de la personalidad, hay dificultad de establecer la identidad en la adolescencia y no se tiene clara una proyección ni orientación a lo que se busca y se quiere. Gracias a esto se toman decisiones erradas que traen conflictos: académicos, relacionales, personales y hasta familiares.

La parte académica la generará depresión al tener sentimientos de soledad puesto que no se halló un grupo social adecuado o por el contrario problemas disciplinarios por la escogencia de malas influencias. En la parte personal podría acarrearle fobia social, trastornos depresivos, aislamiento, conductas disociativas, o personalidad antisocial

entre otras. Finalmente en la parte familiar, el adolescente podrá buscar la manera de proporcionar momentos negativos y de estrés, o de alejarse.

Por esto es importante empezar a establecer programas preventivos y de promoción de la salud familiar, que decrementen los modelos maltratantes para el libre desarrollo de las relaciones sociales en la adolescencia, momento tan importante para crear la identidad y lograr la autonomía, y moldear la personalidad por medio de comparaciones reales y positivas con pares sin tener modelos disruptivos y un futuro saludable.

Referencias

- Abad, I., F.J. (2001) Maltrato Infantil. *Jano, Medicina y Humanidades*, 61, 63-66
- Altamira, N., Calzada, R., Ruiz, M.L. (2001). La Adolescencia. *Acta Pediátrica de México*, 22 (4), 288-291.
- Anzures, B., Espinoza, A. (1998). Adolescencia. *Revista Medica del Hospital General de México*, 61 (2), 107-115.
- Anzures, B., Espinoza, A. (1999). Adolescencia. *Revista Medica del Hospital General de México*, 62 (3), 210-216.
- Anzures, B., Mendizábal, J.A. (1999). La Familia y el adolescente. *Revista Medica del Hospital General de México*, 62 (3), 191-198.
- Asociación Afecto (1998) *Maltrato Infantil*, Bogotá: Universidad Sergio Arboleda
- Bersabé, R., Fuentes, M.J., Métrico, E. (2003). Estrategias de socialización de los padres y conflictos entre padres e hijos en la adolescencia. *Anuario de Psicología*, 34 (3), 385-400
- De Paúl, J, Pérez,A., Paz, P.M., Alday, N., Mocoroa, I. (2002). Recuerdos de maltrato infantil en maltratadores y potencial de maltrato en víctimas de maltrato físico y abuso sexual. *Psicothema*, 14 (1) pp. 53-62
- Francia, M.E. (2003), Maltrato infantil. Un problema de todos. *Revista Cubana de Medicina general Integral*, 19, 1-5.
- Frías, D., Mestre, V., Samper P. (2004). Personalidad y contexto familiar como factores predictores de la disposición prosocial y antisocial de los adolescentes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 3,445-457.

- Harvard Medical School (2005). The Biology of Child Maltreatment, *Harvard Mental Health Letter*, Vol. 21 (12), 1-3, 3p
- Herrera, E., Sánchez, R., Santana, R. (1998). El Maltrato Infantil: Un problema Mundial. *Salud Pública de México*, 40 (1), 58-66. Disponible en red. Extraído el 25 de Mayo, 2005, de <http://search.epnet.co/login.aspx?direct=true&db=lth&an=4185655>,
- Hidalgo, M.D., Inglés, C.J., Méndez, F.X. (2001). Dificultades interpersonales en la adolescencia: ¿Factor de riesgo de fobia social?. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 6 (2), 91-115
- Horrocks, J. (1984). *Psicología de la Adolescencia*. México: Trillas
- Hurlock, E. (1971). *Psicología de la Adolescencia*. Buenos Aires: Paidós
- ICBF Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. (2005). *Sistema de información ICBF*: [En red]. Recuperado el 22 de Mayo, 2005, de www.icbf.gov.co
- Ison, M. (2004) Características familiares y habilidades sociocognitivas en niños con conductas disruptivas. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 2, 257-268.
- Kellog, N. (2005) The Evaluation of Sexual Abuse in Children, *American Society of Pediatrics*, 116 (2), p506-512, 7p.
- Klevens, J., Tremblay R. (2000) Programa de convivencia ciudadana. *Estrategias para la Prevención temprana de la violencia en los niños*. Bogotá: Secretaria de Educación y Cultura.
- MedLinePlus (2004). Maltrato físico infantil. *Enciclopedia médica en español*.
- Moreno, J.M. (2002). Estudio sobre las variables que intervienen en el abandono físico o negligencia infantil. *Anales de Psicología*, 18 (1), 135-150
- Papalia, D., Olds, S., Feldman, R. (2001). *Desarrollo Humano (Octava Edición)* Bogotá: Mc. Graw Hill.

- Prieto, E. (2004) El abuso sexual y otras formas de maltrato infantil. la promoción de programas de prevención en el ámbito comunitario basados en la constitución y fortalecimiento de las redes interdisciplinarias de trabajo, *Psicología Educativa*, 10 (2), 117-139
- Ramírez, C. y Vargas, E. (1999). *Maltrato Infantil: Como aprender y mejorar nuestra relación con los niños* Bogotá: Planeta
- Robaina, G. (2001). El Maltrato Infantil. *Revista Cubana de Medicina General Integral*, 17, 74-83
- Rodrigo, M.J., Máiquez, M.L., García, M., Mendoza, R., Rubio, A., Martínez, A., Martín J.C. (2004) Relaciones padres-hijos y estilos de vida en la adolescencia. *Psicothema*. 16 (2) pp. 203-210
- UNICEF Fondo De Las Naciones Unidas Para La Infancia (2002). *Adolescencia: Una etapa fundamental*. [Disponible en red]. Extraído el 23 de Mayo, 2005, de http://www.unicef.org/spanish/publications/files/pub_adolescence_sp.pdf
- UNICEF. (2005). Sistema de Información UNICEF. [Disponible en red]. Recuperado el 23 de Mayo, 2005, de www.unicef.org